

## Tolerancias y procesos racionales

Llamaré en este ensayo *razón tolerante* a la razón que se halla empeñada en cualquiera de las extensas y complejas dimensiones concernientes a las experiencias, conductas o comportamientos tolerantes. Funciona al menos a tres niveles, a los que denomino respectivamente fáctico, temático y dignificador.

El primero atañe a la parte que le corresponde a la razón en el desarrollo directo de cualquier experiencia tolerante, sea familiar, cívica, intelectual, nacional o empresarial. El segundo se identifica con la investigación explícita de dichas experiencias; se producen sencillamente teorías acerca de una de ellas, varias o todas. Incluyo también en este nivel temático las reflexiones sobre las teorías de las tolerancias fácticas y sobre la creación de talentos y modelos de conductas tolerantes más dignas. El tercero se ocupa precisamente de tales creaciones. Pues un investigador de tolerancias, dispuesto y decidido a mejorar la vida humana, después de recorrer el nivel temático, no está de acuerdo con el desarrollo de esta o aquella experiencia tolerante. Por eso se lanza a crear nuevos y más ricos talentos de las mismas y trata de implantarlos a nivel fáctico. El ímpetu dignificador llega al colmo cuando se constituye a las mismas tolerancias en modelos humanos. Les llamo sin más tolerancias-modelo.

La tarea que me han impuesto —y que he asumido gustosamente— es, sin duda, un trabajo de *razón tolerante temática*. A finales de este siglo no nos encontramos en el clima más propicio para desple-

gar trabados discursos de gran alcance sobre temas como el presente. Quizás debemos penetrar de inteligibilidad una y otra vez los aspectos más elementales de nuestra convivencia. Por eso me limito a insistir en las tres o cuatro perogrulladas que discurren por la razón tolerante temática. La primera sección contiene algunos avisos para los navegantes que se aventuran a surcar este ancho mar de las conductas tolerantes. La segunda se limita a destacar ciertos rasgos de tres de ellas; mientras la tercera enfoca temas afines al nivel dignificador.

No confío mucho en lo que he escrito, pues la reflexión ha sufrido excesivos vaivenes y bandazos desde su configuración inicial a la última redacción.

## I. LOS PELIGROS DE LA SIMPLIFICACIÓN

Se me sugirió que diera al ensayo el título de «Tolerancia y racionalidad». Conocía de antemano el cúmulo de equívocos y malentendidos que provocan expresiones como «razón», «la razón», «racionalidad», «la racionalidad», pues se da fácilmente a entender que solo hay una. Sospechaba, asimismo, que los vocablos «tolerancia», «la tolerancia», debían padecer análogas ambigüedades; sospecha que resultó ser ampliamente confirmada al repasar algunas variedades sobre el tema. De ahí el nuevo título «Tolerancias y procesos racionales». Muchas tolerancias se hallan emparentadas entre sí; y otro tanto sucede con las razones. Por eso aprovecho el concepto semántico de *familia* —familia de significados o algo así— para referirme a esa situación relacional. Es una metáfora, desde luego, pero sirve bien al propósito global. Situándome, pues, en las amplias familias de razones y tolerancias, espero poder dar los avisos para navegantes citados poco ha.

### 1. FAMILIA DE LA TOLERANCIA

He observado dos modos de proceder entre los que practican la razón tolerante temática. Hay quien se lanza distraído sobre algún

relevante miembro de la familia, v. gr. sobre la tolerancia política, creyendo cubrir así todo el campo en cuestión. Otros, más avispados, enseguida perciben su gran complejidad; identifican al punto dos o tres miembros, los cuales reciben de vez en cuando referencias cruzadas. Reseño a continuación *cinco aspectos* que revelan suficientemente la *complejidad de la familia tolerancia*.

Destaco, ante todo, que las tolerancias no tienen consistencia por sí mismas; nacen, se desarrollan, se mantienen, se disipan o mueren *inmersas en otras experiencias humanas*. Sin éstas no habría opción a hablar de aquéllas. Son modalidades particulares de determinadas condiciones humanas. Las tolerancias inscritas en ese experimentarse bajo la condición de rubio ario, camarero, sacerdote cristiano o profesor de Filosofía, cobran formas y matices distintos a las que discurren por los cauces del político griego, el ciudadano de a pie, la hija o el hermano, el nacionalista o el pacífico. ¿A cuántas experiencias humanas afecta la tolerancia? ¿Cuántos miembros tiene taxativamente esta familia? Muchos, como se desprende de la consideración anterior. Sin embargo, cada cultura suele resaltar un número relativamente pequeño de ellas, que cambia constantemente a través de la Historia. En no pocos partos de tolerancias sociales y políticas chapotean con frecuencia la sangre, el dolor y las lágrimas. Europa sabe mucho de esto.

La complejidad de la familia por parte de los miembros es grande. No resulta menos complicada por lo que toca a la *pluralidad de niveles*. Indico dos clases de ellos. Pocos distinguen cuidadosamente el orden biográfico del institucional. Un profesor, por ejemplo, si ha aceptado enseñar en un determinado centro, ha de observar las normas de tolerancia vigentes en el mismo. Es independiente que estas reglas estén o no contenidas en su propio código de tolerancia docente. A nivel institucional puede ser un auténtico dechado de respeto a la ley; a nivel biográfico la situación es capaz de fortalecer, debilitar o dejar inalterado su vigor tolerante. Se mezclan, asimismo, constantemente los ya citados niveles fácticos, temáticos y dignificadores. Esta falta de discernimiento propicia malas teorías sobre los comportamientos tolerantes e ingenuas aceptaciones de tolerancias mediocres e incluso nefastas.

El nivel dignificador entraña complejidades específicas. Por una parte, es muy difícil crear arquetipos y talentos nuevos de conductas tolerantes más nobles *sin tener a la vista algún modelo humano*. Ordinariamente tales modelos funcionan sin tener conciencia de ellos. Por otro lado, el ímpetu dignificador es tan atrevido que no para hasta *constituir las tolerancias en modelos humanos*. Se trata de lo que he denominado anteriormente tolerancias-modelo. Con esto se llega al colmo de la complejidad, pues los autores miden los grados de humanidad adquirida por los grados de tolerancia alcanzada. El tránsito se hace por lo regular inconscientemente, sin sospechar que se está navegando en el ancho mar de los paradigmas humanos. Tal fenómeno se repite una y otra vez al considerar valores de gran espesor y alcance, como son la libertad, el amor, la justicia, la templanza, la sabiduría, etc. Los pensadores se entusiasman de tal forma con ellos que los pasean por grandes sectores de las condiciones humanas.

La familia se complica también por lo que respecta al gran par *tolerancia-intolerancia*. La ilustración de una conducta tolerante conlleva necesariamente la configuración de su opuesta. Las intolerancias cubren por desgracia la misma extensión que las tolerancias. Resumen en apretada síntesis gran parte de las tremendas corrientes de sufrimientos, luchas y exterminios que surcan incontenibles las comunidades humanas. Si se trata de tolerancias-modelo, los autores aprovechan para acumular aquí el grueso lastre de la negra inhumanidad. Ahora bien, la intolerancia se concibe regularmente como negación o privación de tolerancia; pero no pocas veces se identifica con los límites de la tolerancia. Esta doble versión suscita frecuentemente falsos problemas, como el famoso de la «intolerancia con los intolerantes».

Las diversas experiencias tolerantes, sus respectivos niveles, el audaz espíritu dignificador inmerso en la creación de nuevos paradigmas de conducta tolerante o en las tolerancias-modelo y el par tolerancia-intolerancia exhiben además su propia *dimensión histórica*. La mayor parte de las tolerancias sociales y políticas surgen y se desarrollan en circunstancias bastante definidas. Nuestro país es paradigmático al respecto, pues regiones como Castilla han sido en

épocas diversas formidables ejemplos de tolerancia e intolerancia. La dimensión histórica manda a la fosa común de lo anacrónico bastantes reflexiones actuales sobre las experiencias tolerantes. Es curioso, por otra parte, que se pasen por alto densas intolerancias que empapan el tejido entero comunitario de las llamadas sociedades avanzadas.

La complejidad de la familia-tolerancia se traduce fácilmente en *desasosiego*. Es muy difícil que las reflexiones alcancen las más elementales cualidades de los procesos racionales, como apropiada selección de rasgos concernientes a los comportamientos tolerantes, suficiente conceptualización teórica, estructuras adecuadas, certeras contrastaciones y dinamismo. La desazón aumenta porque el discurso se encuentra necesariamente con profundas y extensas experiencias humanas como las que fluyen por el pensamiento, la política, religión, libertad, nación y cultura, imposibles de dar a entender a pocos lances. No nos gusta el malestar vital; tendemos a eliminarlo de los modos más expeditos. La actividad vital que discurre por el cauce de los procesos racionales está sometida también a esta ley. Por eso tienen cabida los *avisos para navegantes* citados anteriormente. Quizás se reduzcan todos a uno, que pudiera formularse así: *no lograrás evitar todo el desasosiego que turba a la familia tolerancia*.

Un recurso facilón y universal para evitar molestias racionales es la *definición*. Generalmente acotamos una parcela de algún vasto campo, difícil de abarcar, y moramos a gusto dentro de sus murellas. Ya he observado anteriormente que los autores aplican con frecuencia esta táctica de trocear y mojonar al inmenso horizonte de la experiencia tolerante. ¿Qué consiguen en general? Limitarse a uno de los miembros de la familia ignorando los demás o encerrándolos a la fuerza en el coto establecido. Se practica así una especie de supertolerancia, tratando precisamente de dilucidar los comportamientos tolerantes. Pero es patente que la hija no se entiende sin el padre, ni el hermano sin la hermana, ni la esposa sin el esposo. Otro tanto ocurre con las tolerancias; se clarifican unas a otras bajo el prisma de la referencia mutua. Moraleja: *no fijas límites; piensa relacionadamente*.

La complejidad de los niveles tiene gran interés para la asimilación biográfica y comunitaria de las tolerancias. *Contribuye, pues, con*

*tus reflexiones a la sana educación en conductas tolerantes.* No lograremos jamás ser tolerantes, si no contamos con marcos institucionales tolerantes. Por otro lado, nadie permanecerá mucho tiempo en correctos comportamientos tolerantes, cuando su propia estructura vital y biográfica carece del vigor típico de la tolerancia. Sin embargo, no basta eso. Es necesario cultivar esmeradamente la sensibilidad o receptividad siempre abierta a dignas y finas experiencias tolerantes, evitando con pasión las mediocres y toscas. Las reflexiones temáticas y dignificadoras sobre las tolerancias ayudarán a este propósito. Pero no engañarse; con sensibilidades groseras no se generan razones exquisitas. ¿Dónde encontraremos auténticos maestros de tolerancias?

El nivel dignificador es más peliagudo. Da lugar a tres importantes máximas, que se explayarán sucintamente en la sección tercera del ensayo. Ahora me limito a formularlas. *Sé consciente, ante todo, del modelo humano que utilizas al crear nuevos paradigmas de conductas tolerantes más dignas.* Quizás no sean tan nobles como supones. ¿Qué decir, por otra parte, de la tendencia a dignificar la tolerancia hasta transformarla en un modelo humano? Se pueden adelantar al respecto dos avisos para navegantes. Si la tendencia discurre de manera inconsciente —como suele ser habitual— advertiría que *resulta muy peligroso crear distraídamente modelos humanos.* Hablo de paradigmas que se han de encarnar en hombres de carne y hueso. Si la tarea se intenta conscientemente, *medítese antes de llevarla a cabo en la complejidad de los arquetipos humanos.* Cuando se crean desde un solo valor, aunque sea muy estimado, suelen resultar pobres, restrictivos, inadecuados para cubrir las ricas dimensiones del linaje Homo. Muchos pensadores han hollado los caminos de esta mediocridad.

La complicada pareja tolerancia-intolerancia sugiere, asimismo, algunas máximas pertinentes. Una gran parte de las reflexiones se afinca en el terreno de la experiencia intolerante. Ordinariamente manejamos mejor la razón negativa que la positiva. Por eso los escritos abundan en macizas denuncias de comportamientos intolerantes, absteniéndose de ofrecer a veces un solo rasgo de positividad tolerante. Sin embargo, a base de pura negación no se llega al ser apro-

piado de ningún ente, fenómeno o conducta. Cuando trates de esclarecer comportamientos tolerantes, *utiliza siempre los dos miembros de la pareja*. Por otro lado, *no confundas los límites de la tolerancia con la intolerancia*. Algunos valores, como el amor, la ciencia o la sabiduría, son ilimitados en extensión e intensidad o grado. Otros, en cambio, como la justicia, solo existen en el contexto de ciertos límites. Tal es asimismo la condición de las tolerancias. Bandas adecuadas y flexibles fronterizas garantizan las conductas tolerantes; mientras la intolerancia se identifica sin más con la negación de dichas relaciones humanas. *Que Dios nos libre por igual de tolerancias ilimitadas y encorsetadas.*

Por último, *mantén firme la memoria histórica, pero evita las reflexiones anacrónicas y los ajados tópicos*. Hay bastantes escritos que se encontrarían muy a gusto en la época de cátaros y valdenses, en los sangrientos tiempos de la Reforma, en boca de Locke, Bayle, Rousseau, Voltaire, Balmes o Donoso. Algunos, con gran desconocimiento del pasado, concentran las intolerancias todas de la Historia en la Iglesia Católica, agitan aún sin ton ni son la matraca de la Inquisición, mientras se olvidan de los desmanes recientes y diarios del intolerante comportamiento actual. ¿Como si fuese solamente una institución la que ha generado toda la conducta intolerante de la Historia! ¿Nada corresponde a los estados y gobiernos, las nacionalidades y razas, los pensamientos y movimientos reaccionarios, totalitarios y revolucionarios dispuestos al crudo linchamiento, la ciencia y la tecnología, los centros de enseñanza y los partidos políticos?

## 2. FAMILIA DE LA RAZÓN

Los escritores inclinados al morbo detectan grandes flujos de aspectos miserables en todas las condiciones humanas. Tienen especial olfato para descubrirlos y apasionada habilidad para describirlos; moran tranquilamente en ellos y hasta disfrutan de ellos. Llamo *miseria* a los estados mezquinos, angostos y ruinosos de las experiencias o comportamientos humanos. Afecta a la salud, a la disposición de recursos, al amor y la fealdad, a la comunidad, el placer, la místi-

ca o la lealtad. Sus tentáculos alcanzan también a las *experiencias de la razón*. Los estados de ignorancia o de permanente error, las críticas pedestres, las perezas e inercias mentales, las superficialidades congénitas, la obscuridad y el desorden, los juicios precipitados se cultivan y se mantienen por doquier.

No tengo en este momento interés alguno por recopilar los estados miserables del logos. Pero creo oportuno destacar cuatro de ellos. ¿Con qué propósito? Estas *cuatro miserias de la razón* me descubren la tremenda complejidad de su familia. Me facilitan, por otra parte, la conexión con la familia de la tolerancia.

La primera miseria consiste en la *absurda separación de razón y vida*. Mucha gente cree que cuando uno suscita problemas, lucha por resolverlos, se informa y discute, crea teorías y las confronta con los hechos no vive propiamente. Vive, más bien, cuando va a la oficina, a la obra o la fábrica, viaja, disfruta del mar o la montaña, tiene goces y líos con la mujer, grita las tardes domingueras en los campos de fútbol y chiquitea con los amigos. ¡Como si todo eso discurriera al margen de la razón! Desde los lejanos días en que despegamos de los ecosistemas —muy apropiados para la vida de plantas y animales, pero no del linaje Homo— la razón sustituyó al instinto y nos acompaña en todas nuestras experiencias y empresas. Pasamos sencillamente a otro tipo de vida. No hay cosa más absurda que separar chiquiteo y razón, godeo y razón, valentía y razón, valor y razón, fe y razón; en suma, vida y razón. Pues sin razón se esfuma el chiquiteo y el godeo, la valentía, el valor, la fe y la vida. El problema de estas separaciones es que hace retroceder la existencia humana al estado propio de plantas y animales.

La vida que nosotros conocemos se despliega a través de procesos. Aún más. Todo el ser que nos es dado comprender y contemplar se desarrolla bajo la impronta de este dinamismo. Por eso hablo de *procesos racionales*. Están impregnados por naturaleza del curso, decurso o discurso temporal. Nuestra razón resulta así lenta y pesada. Requiere horas, días, años, y a veces épocas enteras, para adquirir cuatro ideas fértiles y empalmar tres razonamientos correctos. Nada extraño que mucha gente sienta el *cansancio de la razón*, como

también se fatiga uno al caminar, gozar y trabajar. No nos damos cuenta que la razón expande por igual la pureza y la corrupción del corazón. Cuando se transforma, por ejemplo, la defensa en industria y lucro de guerra, la poderosa razón tecnológica se convierte en ingenio de muerte. Por otra parte, queremos a veces superar el sudor y el tiempo que necesita el despliegue de cualquier logos, remontándonos a la simple y atrayente intuición angélica.

La audaz *reducción de todas las manifestaciones racionales a una o algunas de ellas* constituye la segunda miseria de la razón. Se desprende directamente de la anterior. La razón impregna toda la experiencia humana; tiene que multiplicarse por fuerza a medida que se generen nuevas dimensiones vitales. De ahí que las manifestaciones de la razón sean intrínsecamente contextuales. Naturalmente que nos molesta la pluralidad de razones parciales. También aquí —como en el caso ya considerado de la tolerancia— tratamos de superar la desazón por medio de la definición. Esta salida ha sido muy típica de los ilustrados europeos, como es el caso de los grandes «críticos» Hume y Kant. El problema de todo esto no es que grandes zonas de la vida humana se lancen a la palestra de lo irracional. Lo irracional no se da sin referencia a su correspondiente racional. La cuestión es que rebajan de nuevo todas esas zonas a la vitalidad propia de plantas y animales. Acatemos con gusto la gran *familia de las razones contextuales*. Es muy deseable que sus miembros no se ignoren o que no establezcan entre sí guerras sin cuartel; están llamados a relacionarse, enriquecerse, fortalecerse y corregirse mutuamente.

La tercera miseria de la razón se identifica con el *mal uso de los vocablos racional e irracional*. Lo irracional es siempre privación de alguna razón contextual en parte o en todo. Los motivos de irracionalidad no están determinados a priori. En Física se dan ciertamente muchos, pero se encuentran bastantes más aún en Teología. La corrupción racional puede ser interna y externa. La interna se produce dentro de una razón contextual; la externa tiene lugar entre logos contextuales. Es muy deseable que la familia de la razón sea coherente en cada miembro y entre sus miembros. Así pues, la razón nazi, por ejemplo, fue muy coherente dentro de sus propios confi-

nes; profundamente irracional, en cambio, desde otras razones contextuales. No es conveniente llamar irracional a lo que discurre fuera de las fronteras de la razón, bien porque se trata de intuiciones o porque se reduce a vitalidad animal o vegetativa.

La cuarta miseria presenta doble faceta. Discurre a través de las *adhesiones incondicionadas al «vale todo» o a las «actualizaciones definitivas»*. La vitalidad racional da tonalidades diversas a idénticas experiencias humanas; genera diferentes teorías sobre las mismas realidades; divide a los hombres con frecuencia en sectas, partidos, tendencias y escuelas rivales. En extensas áreas de la experiencia humana —si no en todas— es difícil aclararse y llegar a simples acuerdos. En tales circunstancias, la consigna del «vale todo» se escucha por doquier, particularmente en la corriente o moda posmoderna. De todos modos, he observado que el «vale todo» transita a placer por estamentos bien acomodados. Jamás se produce en el que apenas llega al fin de mes, el marginado, el hambriento, el sometido a tortura o simplemente en el que se siente incómodo con la hipocresía, la mediocridad o la vulgaridad.

¿«Actualizaciones definitivas» de razones contextuales? Una quimera. Entre las manifestaciones del logos, unas son históricas, otras transhistóricas y otras metahistóricas. Muchos siguen asimilando la muerte del último modo. La talla de la piedra típica del achelense pasó, mientras que la razón instrumental peregrina sin cansancio a través de la Historia. Algunos tratan de expulsar los demonios de la inestabilidad racional con el hechizo del relativismo. Pero no hay tal relativismo. Somos simplemente así. Lo nuestro es el amor, la belleza, la sabiduría, la libertad, la comunicación, el bienestar, la riqueza y la verdad parciales al mismo tiempo que aspiramos a la plenitud.

Como en cualquier otro miembro de la gran familia de la razón, las cuatro miserias se reflejan también en la razón tolerante. Quizás sea conveniente añadir aquí *nuevos avisos para navegantes*. Es posible que algunos se solapen con los anteriores; en todo caso, se complementarán mutuamente.

Dentro de la gran miseria tocante a la disección de vida y logos, es desastroso *considerar la conducta tolerante al margen de la razón*.

Nuestra sociedad se halla impregnada hasta los bordes de ciencia y tecnología *desarrollistas*. Bastante gente —a nivel temático cada vez menos— no admite en el seno del logos las experiencias humanas que caen fuera del saber formal (Lógica y Matemáticas); o que no encajan dentro de la observación, medición y experimentación de la ciencia factual; o que no se adaptan al modo típico del operar tecnológico; o que no contribuyen directamente al desarrollo económico. La Organización de las Naciones Unidas favorece en bloque esas clases de logos. Por otra parte, a través de sus secciones más humanitarias, como la UNESCO, recomienda de vez en cuando vivamente otros tipos de racionalidad. Este año nos invita a cultivar la conducta y razón tolerantes.

Pero en la práctica mucha gente se ríe a carcajadas de estos discursos, y los manda con desprecio al trastero de las consideraciones piadosas. Estas o parecidas actitudes acaban por engendrar resultados desagradables. Muchos científicos y tecnólogos desarrollistas no acaban de descubrir los amos a quienes sirven; no terminan de enterarse que su estupenda razón está contraída al máximo por el desarrollismo; que contribuyen de lleno a la intolerancia propia de nuestra sociedad. Es curioso que las mentes privilegiadas no sólo no ahogan el pábilo vacilante de razones como la tolerante, sino que las apoyan y expanden con exquisita sensibilidad. El enemigo se llama mediocridad.

Aceptemos de lleno al logos tolerante como miembro de la gran familia de la razón. Es un logos contextual que se ha de explayar siguiendo escrupulosamente las dimensiones de las conductas tolerantes. El peligro de la simplificación acecha por doquier. *Tú sigue la pista de las cinco complejidades que revela la familia de la tolerancia*. Consejo sobre todo distinguir bien el nivel fáctico del nivel dignificador. Estamos hoy muy acostumbrados a los estupendos modos de reflexión científica. Pero la Ciencia no puede despegar del «esse factum». El nivel dignificador, en cambio, muy a tono con el aspecto inconformista humano respecto de lo hecho y acabado, tiende a transformar lo actual en un ser más espeso y valioso. En este sentido «no vale todo»; vale lo que vale.

La razón tolerante no puede contentarse con los tolerantes comportamientos habituales, sean familiares, científicos, docentes, religiosos o económicos. Tiene que pensar y crear estilos bastante menos toscos sin caer en los utópicos. En esta escalada dignificadora muchos penetran en el ámbito de las tolerancias-modelos. Pero en uno y otro caso, como ya advertí en el párrafo 1, el nivel dignificador se encuentra con los modelos humanos. Pues bien, *sé consciente que entras en un nuevo tipo de razón mucho más compleja*. Me refiero al logos que tiene por tarea investigar el densísimo par valorativo humano-inhumano. Me gusta llamarlo *razón soberana*, pues debe escudriñar, entre otros aspectos, la cuantía de humanidad o de inhumanidad que vierten a la sociedad las razones contextuales de una cultura concreta.

*No confundas las parejas tolerante-intolerante y racional-irracional*. Según uno de los avisos dados en el párrafo 1, entiendo por intolerancia la negación o privación de tolerancia. Recuerdo, asimismo, que la racionalidad es interna y externa respecto de un logos contextual dado. No cabe duda que la razón tolerante puede desarrollar la tolerancia política democrática con gran racionalidad e irracionalidad internas. La correspondiente intolerancia, en cambio, siempre resultará ser internamente irracional. Pero respecto de las tolerancias políticas totalitarias, por ejemplo, el despliegue racional de la tolerancia democrática es irracional, mientras la intolerancia se presenta por lo regular con cariz muy racional.

*Convéncete con el vigor propio de la convicción pragmática que no existen actualizaciones definitivas de la razón tolerante*. Presenta claros tintes y ribetes históricos, transhistóricos y metahistóricos. Espero, por ejemplo, que la tolerancia democrática atravesase en adelante toda la Historia; no deseo con menos ímpetu que desaparezca cuanto antes la actual vertebración «racional» de la conducta «tolerante» democrática. También hay tolerancias religiosas que saltan hasta la vida eterna. Has de tener en cuenta aquí, asimismo, las máximas tocantes a la dimensión histórica de la tolerancia.

## II. TOLERANCIAS ESTRUCTURADAS

Según he subrayado al principio del párrafo 1, las conductas tolerantes no se mantienen por sí mismas. Cualifican sencillamente a grandes o pequeñas redes de comportamientos que se tejen en las diversas dimensiones de la vida humana. Piénsese en las tolerancias o intolerancias inmersas en las relaciones entre vecinos, las familiares, las que matizan la investigación en un laboratorio o las discusiones parlamentarias. Por otra parte, en el párrafo 2, advertía que la conducta tolerante no se genera al margen de la razón, si bien no se reduce solamente a logos.

La experiencia tolerante es sin duda muy amplia. A lo largo de la Historia, sin embargo, la razón tolerante temática ha vertebrado, articulado o estructurado escasos sectores de ella. Estas racionalizaciones atañen a *experiencias humanas profundas y comprehensivas*. Digo profundas porque calan hondamente en las condiciones humanas; comprehensivas, porque alcanzan a extensos comportamientos de las mismas. Me fijo particularmente en tres, que se refieren respectivamente a las experiencias humanas del mal, de los dioses o Dioses y de la libertad. Por eso hablo de *tolerancias del mal, religiosas y de la diferencia*. Me ocupo sólomente de acotar determinados caracteres tocantes a su racionalización.

### 3. TOLERANCIAS DEL MAL

La experiencia del mal es ciertamente *profunda y comprehensiva*. En ella se hallan complicados el placer que dimana del bien y el dolor que brota a raudales del mal. El bien y el mal no son aspectos adyacentes a nosotros; entran de lleno en la misma constitución de la vida animal e inteligente. Los estados placenteros o fastidiosos penetran todas las condiciones humanas. De la misma profundidad surge su tremenda extensión. No conozco ser alguno que a la postre no pueda transformarse en sufrimiento. Los más intensos amores y gozos acaban muchas veces en devastadores odios y estériles triste-

zas. Hay dardos que atraviesan raudos los tejidos corporales y espadas que se hunden entre los pliegues y repliegues del ánimo.

Los animales se mueven certeramente entre la fronda del bien y del mal a base de agudos instintos. Pero esa precisión vital constituye al mismo tiempo su desgracia, pues carecen de vigor para trascender la propia animalidad. El ecosistema define los límites de placeres y dolores. El instinto sirve de muy poco para moverse en la tupida malla de relaciones que establecemos nosotros con los seres. *La razón ha de gestionar por fuerza la experiencia del bien y del mal.* No existe ciencia superior a ésta. Todas las vertientes de la vida humana se ven afectadas por la ignorancia, el error, la incertidumbre o la verdad que poseemos acerca del penar y gozar.

¿En qué sentido podemos hablar de la *tolerancia del mal*? ¿Significa sencillamente que la razón aconseja plegarse con resignación pasiva a los males presentes o futuros? De ninguna manera. La experiencia del mal entraña repugnancia y fastidio del mismo; *ganas instintivas de liquidarlo y de no someterse a él.* El linaje Homo es un magnífico encajador del mal, al mismo tiempo que se muestra indómito frente a él, en perpetua lucha con él, dispuesto siempre a superarlo y liquidarlo. Tal es el gran principio activo que desencadena los procesos racionales que articulan la tolerancia del mal. A partir de esta base, sin embargo, el logos ha seguido caminos muy diversos a lo largo de la Historia para servir al mismo propósito vital. Voy a destacar a continuación cuatro de ellos. Hablaré respectivamente de tolerancias cósmicas, protectoras, calculadoras y extirpadoras.

Para encajar y soportar el mal, algunas conductas tolerantes necesitan elaboradas e imaginativas teorías sobre el Universo. Por eso les llamo *tolerancias cósmicas*. Este audaz careo del hombre con el dolor se remonta a los tiempos de la concepción mítica de la Naturaleza. En unos casos, la razón se las ingenia para distribuir y canalizar la energía entera del Mundo a través de numerosos espíritus buenos y malos. Los flujos benéficos y maléficos vagan por doquier; frecuentemente desencadenan devastadoras luchas. Los hombres no han utilizado menos estas energías cósmicas para desarrollar su vida que las inscritas en el fuego, el viento, el agua, las piedras o los meta-

les. Pero no siempre se vertebran de este modo las fuerzas ocultas que discurren por los seres. Pues a veces se concentran en un Supremo Bien que se enfrenta decidido al Sumo Mal. El entero linaje Homo batalla también —y soporta sin tregua sufrimientos— con la firme esperanza del triunfo final del Bien sobre el Mal.

Los que concentran la entera energía del Universo en un Bien Supremo, por otra parte, tienen agudas dificultades para explicar y encajar desde otras perspectivas la punzante existencia del mal. La razón, sin embargo, no se ha quedado paralizada. Ha elaborado formidables escudos teóricos y fértiles pautas de comportamientos tolerantes. Muchos, por ejemplo, adoptan la postura de una fidelidad teologal incommovible. «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá. Yavé me lo dio, Yavé me lo ha quitado» (Job 1, 21).

Las *tolerancias protectoras* afrontan otros tipos de experiencias dolorosas. Pues el mal amenaza con frecuencia numerosas vertientes vitales del bien humano. ¿Cómo conducirse para que el sufrimiento no impida, antes bien fortalezca el cabal desarrollo de nuestra naturaleza? ¿Cómo proteger del mal la bondad que nos corresponde? Desde Sócrates, Platón, Aristóteles, los grandes teólogos cristianos, y muchos más, la razón ha prodigado al respecto finas actitudes e ingeniosas estrategias. El sufrimiento irrumpe a veces en nosotros bajo las más diversas figuras del temor. Éste tiende a apoderarse de nuestras energías psíquicas paralizándolas. Bajo la amenaza de pequeños o grandes males se disuelven los mejores propósitos; se deja de cultivar el amor, la autenticidad, la verdad o la solidaridad. El logos opone al temor el vigor de la valentía, sin caer por ello en el precipicio de las audacias irresponsables. No merece la pena aplastar un mal para caer en mayores calamidades.

El fastidio atenaza otras veces nuestras fuerzas bajo las más tediosas formas de tristeza y angustia. ¿Cómo caminar por el desierto de la vida en semejantes circunstancias? La razón aconseja las inteligentes y flexibles resistencias ligadas a la paciencia biográfica e histórica. Saber llevar con elegancia y eficacia el sufrimiento de cada día y de cada época. El dolor se manifiesta, asimismo, como fatiga y cansancio. El más sutil de los jadeos proviene de la constante firme-

za por mantenerse en el buen obrar. La razón articula al respecto el complejo organismo vital de la tenaz perseverancia.

Algunos pensadores griegos, como Aristipo y Epicuro, estructuraron ingeniosamente las *tolerancias calculadoras*. Según acabo de observar, el sufrimiento de muchos males es la mejor actitud para conseguir excelentes bienes y disfrutar de ellos sin la amenaza de perderlos. Así, por ejemplo, el trabajo y la ascesis son necesarios para degustar la condición humana. Por otro lado, el delicioso godeo de bastantes bienes se trueca a menudo en penosos hastíos. Los atractivos paseos turísticos por los paisajes de nuestro psiquismo provocados por la droga acaban en devastadores linchamientos de todas nuestras energías. No se puede vagar por la vida sin practicar exquisitos cálculos de placeres y dolores. El logos es capaz de inventar y ofrecer eficaces modelos, si bien estos finos algoritmos existenciales sólo maduran en el árbol de la sabiduría personal.

Las *tolerancias extirpadoras* articulan de otros modos la penosa experiencia del mal. La razón sugiere las más audaces e intrincadas tretas para eliminarla de las condiciones humanas. Ha seguido al menos cuatro direcciones. Creo que la tendencia a superar amargos dolores está a la base de la estupenda razón instrumental, que en nuestra cultura se encarna a través de las diferentes tecnologías. Pero esta erradicación del fastidio humano no tiene parangón con la osadía radical de los genuinos socialismos europeos. Hágase la sociedad de otro modo y se evaporará la epidemia del mal. Pues bien, la razón no se arredró ante tamaña empresa. Por el contrario, inventó complicadísimos arquetipos humanos libres de sufrimiento en todas sus vertientes.

Sabemos, por otro lado, que el dolor se encuentra muy ligado al movimiento y al tiempo. Los hombres poseemos la increíble facultad de sufrir por fenómenos, acontecimientos, sucesos y estados del pasado, presente y futuro, ya sea histórico o metahistórico. Eliminemos tiempos, movimientos y evos. Si lo conseguimos se disiparán todos los tediosos malestares. El logos de muchos místicos tampoco se intimidó ante semejante tarea. Diseñó y brindó los métodos apropiados para emigrar al interior y gustar allí las delicias del yo en per-

manente paz y quietud. Los estoicos, por último, estructuraron la posibilidad de alcanzar la no-diferencia entre el placer y el dolor. ¡Ingeniosa y bonita manera de mandar a paseo nuestros fastidios existenciales!

Nótese que las tolerancias extirpadoras soportan muchísimo mal durante el proceso de su erradicación.

Moremos ahora un poco en las correspondientes *conductas intolerantes*. ¿Se puede caminar por la vida con la firme actitud de no soportar sufrimiento alguno? ¿Hay que mandar a paseo las conductas tolerantes relativas al mal? Dios nos libre de semejante engaño. El logos, por el contrario, aconseja inteligentemente las tolerancias cósmicas, protectoras, calculadoras y extirpadoras, que han de evolucionar siempre dentro de ciertos límites. Recuerdo que intolerancia significa escuetamente negación o privación de tolerancia. Pues bien, la falta de tolerancias cósmicas debilita, minimiza o suprime la existencia operativa de dioses y Dioses. El mal es para estos intolerantes la gran piedra de escándalo de las divinidades. Suele ser el primer «argumento» que se lanza para liquidarlas de la existencia.

Todos padecemos, por otra parte, los molestos efectos de los que carecen de tolerancia protectora. Extienden por fuerza el imperio del odio reduciendo el del amor. Afincados en esta intolerancia, ¿no es un absurdo que la razón sugiera la benevolencia con los enfermos, débiles, antipáticos, fastidiosos y enemigos? Cualquier tristeza o angustia los paraliza; la alegría desaparece de grandes sectores de la vida. La valentía más elemental es absorbida por temores grandes o nimios, mientras las audacias desmadradas siembran la convivencia de males bastante más devastadores que los que se pretendían evitar. ¿Qué decir de la inconstancia? Produce personalidades infantiles, inmaduras, sin fortaleza psíquica alguna para afrontar el inevitable sufrimiento vital.

No nos gusta compartir la vida con los que no cultivan la paciencia biográfica. Cualquier ráfaga de viento frío o caliente trastoca sus sentimientos y operaciones. Tampoco se halla uno a gusto con los que carecen de tolerancias calculadoras. Su razón es tosca y roma para administrar prudentemente el placer y el dolor. No acceden a las vías

ascéticas más vulgares que conducen a saborear condiciones humanas. Es preciso reconocer que las tolerancias extirpadoras son difíciles de explicar; caemos con frecuencia sin darnos cuenta en su pragmática negación. Pues se precipita uno fácilmente por los abismos de la insensibilidad, de las posturas misticoides o de los sangrientos enfrentamientos, enemigos acérrimos de la paciencia histórica.

Las tolerancias del mal sugieren, asimismo, abundantes aspectos relacionados con la *tarea educativa*. Esta se sitúa preferentemente en el *nivel dignificador*, que apunta siempre a un modelo humano. Las cuatro citadas tolerancias no se convierten en arquetipos humanos, pero tampoco funcionan al margen de los mismos. Numerosos jóvenes de las más variadas épocas han forjado su personalidad bajo la impronta de brillantes héroes, atraídos principalmente por los destellos de su indomable resistencia y valentía ante escollos y fatigas. También los sabios se han constituido frecuentemente en paradigmas humanos, sobre todo por ese delicado afán de saborear dignas condiciones del linaje Homo. Por otro lado, surgen de la fronda del mal los arquetipos místicos, los celosos libertadores, liberadores o salvadores y los revolucionarios. Héroes, sabios, místicos, libertadores y revolucionarios se entrecruzan y complementan mutuamente. No se han de contemplar aislados y plegados sobre sí mismos.

#### 4. TOLERANCIAS RELIGIOSAS

Del encuentro con los dioses o Dioses surgen los *contextos teológicos de la vida*. No se puede conocer a priori la mayor o menor penetración de un dios o Dios en la vida de determinados grupos humanos. Algunos se limitan simplemente a configurar ciertas *experiencias sectoriales*, como las tocantes al culto, fiestas o convivencias sociales específicas. Las restantes dimensiones del medio vital humano quedan sin tocar. Se trata de contextos teológicos muy pobres. Otros dioses o Dioses, en cambio, impactan casi todas las vertientes existenciales de la persona. La vivencia religiosa tiene carácter de *experiencia*

*básica*, pues confiere calidad y sentido al conjunto de las sectoriales. Surgen de ahí contextos teologales sumamente ricos.

Lo mismo que la experiencia viva del mal, la sensibilidad religiosa, aguijoneada por atrayentes contextos teologales, presenta el cariz de *experiencia profunda y comprehensiva*. Llega a todas las riberas de la existencia, preocupándose al mismo tiempo de que adquieran densa dignidad. Nos encontramos sencillamente ante formidables *arquetipos humanos*. El influjo de los dioses o Dioses de estos contextos teologales sobre la vida humana es tanto más eficaz cuanto encierran escrituras sagradas más determinantes o tradiciones históricas más vivas. El impacto es aún mayor, si los contextos integran iglesias, donde ciertas estables jerarquías velan por la fidelidad a los orígenes.

Ya se comprende que los contextos teologales dan pie a extensas y complicadas actividades racionales. Cada uno entraña su propia *razón teologal*. No hay aspecto de una cultura, de un estilo de ser hombre, que tarde o temprano no caiga bajo el escrutinio crítico de este logos. Naturalmente que la razón teologal del contexto se enfrenta muchas veces con problemas específicos y complejos, como los tocantes a la interpretación de las escrituras sagradas, la tradición, la propia constitución de las iglesias, las culturas nuevas históricas o los aspectos especializados de las mismas. Cualquier fiel, por ejemplo, no puede enjuiciar el impacto de la ciencia o de la economía actuales sobre la calidad y dignidad de la existencia humana. Por eso la razón teologal cobra muchas veces la figura de *razón teológica*.

Los contextos teologales de la vida, con sus intrincadas razones teologales y teológicas, siguen aún en pie. Es necesario advertir esto, porque bastantes e ilustres sociólogos europeos —como J. Habermas— trasladan a los cinco mil millones de varones y mujeres que pueblan hoy el Planeta su «propia» ilustración liquidadora. Esta proyección no favorece ciertamente la más elemental «objetividad» del espíritu científico. Hay que aceptar los «hechos» con toda sencillez y honradez. La Ciencia —sobre todo el sector de la ciencia humana— se corrompe fácilmente al ignorar elementales valores éticos. El «hecho religioso» no es menos evidente hoy día que el económico o

el político. Asombra que se repita aún una y otra vez el trasnochado profetismo comteano. ¿Es lícito mandar a la región de la pura fantasía la revolución de los fundamentalismos? ¿Se reducen a vapores fatuos las oleadas de entusiasmo y crítica que despiertan los viajes de Juan Pablo II? Un sociólogo debe estar atento a estos fenómenos y ha de analizarlos desde su propia interioridad.

La experiencia religiosa, como las demás experiencias humanas profundas y comprensivas, incluye necesariamente conductas tolerantes. Por eso, en el mismo seno de los contextos teologales de la vida, se desarrollan complicadas *razones teologales o teológicas tolerantes*. Es claro que no puedo recorrerlas todas. Me limito a una muestra entresacada del contexto teologal cristiano. A través de procesos racionales históricos, el logos ha estructurado principalmente las tolerancias de la infidelidad, privadas y dialógicas.

Las *tolerancias de la infidelidad* cabalgan sobre largos siglos desde los inicios del estilo de ser hombre cristiano hasta la Reforma. La razón trabaja en el interior de un contexto que pudiera describirse a grandes rasgos del siguiente modo. Como los grandes y atrayentes paradigmas humanos, también la experiencia primigenia de Jesús es un horizonte vital que se ha de desarrollar a lo largo de la Historia. Presenta muchas diferencias respecto de otros arquetipos, pero han de adquirir modalidades diversas en las distintas culturas. La fuerza del nuevo arquetipo no está en liquidar a este dios y destruir aquel altar, sino en su constante y paciente presión sobre la inhumanidad que portan las Formas de vida. Cultivar una razón teologal o teológica de este tipo no es fácil. A nosotros nos encanta la simplicidad y los contornos definidos, fatales tentaciones para quien ha de gestionar un horizonte vital histórico y no un programa de actuación.

Por eso las complicadas, densas y extensas diferencias con otros modelos humanos se articularon cómodamente a través del par valorativo *fidelidad e infidelidad*. El primer miembro representa la cabal humanidad; el segundo, la inhumanidad. La infidelidad, en efecto, es objetivamente un estado de pecado. Frente a los devotos fieles de la Iglesia, la masa de los infieles se reparte en paganos o gentiles, judíos, herejes y apóstatas. Nótese que la clasificación es exhaustiva;

no hay varón o mujer que se libre de entrar en alguna de sus casillas. El gusto del logos por las simplificaciones aconsejó además expresar las diferencias entre fieles e infieles a base de sendos conjuntos proposicionales. A veces bastaba un solo enunciado para forjar diferencias muy delicadas. Este método condujo a contraer la verdad y falsedad del arquetipo a verdad y falsedad proposicional. Tal caracterización de las personas conducía, entre otras paradojas, a la del pagano o hereje henchido de amor y entrega por los demás, signo inequívoco de los discípulos de Jesús.

A la tentación de la simplificación racional teologal o teológica se añadió la del poder. La implantación de un modelo humano en la sociedad y en la Historia es penosamente lenta. En vez de seguir la vía fértil y segura de la conversión, el logos delibera con la mejor intención sobre los atajos del proselitismo, las adhesiones masivas, la seducción e incluso la coacción; aconseja especialmente los expeditos y codiciados medios ligados al poder político. Recuérdese al respecto la reciente experiencia histórica de los socialismos colectivistas europeos. El cristianismo cayó ciertamente en las redes de esta tentación.

El trato del arquetipo cristiano bajo las citadas simplificaciones, sólo permite enfocar las conductas tolerantes desde la perspectiva ya conocida de la experiencia del mal. Las tolerancias de la infidelidad son efectivamente un caso particular de los mismos comportamientos tolerantes del mal. Así como Dios permite muchas privaciones de bien en el Universo, siempre para obtener mejores bienes y evitar mayores males, del mismo modo los cristianos han de soportar los estados deshumanizadores, pecaminosos, de la gentilidad, el judaísmo, la herejía y la apostasía. La razón sugiere cautamente que, sin actitudes tolerantes con estas diferencias no cristianas, se pueden erradicar muchos bienes o extender mayores males. Esto explica la gran ampliación o el estrechamiento de los límites de la tolerancia, según países, circunstancias y épocas. Tampoco asombra que el uso de la excomunión se halle a veces estrechamente unido a la entrega del hereje contumaz al brazo secular.

Las *tolerancias privadas*, en cambio, pertenecen a un contexto enteramente distinto. Las grandes diferencias cristianas emanadas

del estallido de la Reforma se quisieron afrontar inicialmente con el mismo bagaje racional teologal o teológico que acabo de considerar. Pero el logos pronto se dio cuenta que no servía, pues los estados pecaminosos heréticos se transformaron rápidamente en distintas *confesiones del arquetipo*. Todas reclamaban para sí la encarnación más pura de la experiencia primigenia de Jesús. La conducta tolerante anterior se disolvió del modo más trágico. Sólo permaneció el codiciado uso del poder para linchar cuanto antes al adversario. Atrocidades dignas de fieras enloquecidas se apoderaron de casi todas las regiones de Europa. En estas ocasiones, y en cada dimensión de la compleja vida humana, el logos inicia sus procesos racionales desde el solo principio de la incomodidad, ya se trate de simple desorden, odios, riñas o linchamientos. Hay pocos principios más humanitarios y fértiles.

La llamada a conductas tolerantes ante la nueva situación histórica procede principalmente de la razón filosófica. El logos —siempre acuciado por el principio de incomodidad— trató de quitar fuerza a las diferencias cristianas al menos en dos sentidos. Algunos filósofos —enemigos acérrimos del ateísmo, como Voltaire— lucharon sin tregua por implantar un dios único, revestido de mínimos trascendentes, universal, relativizador de todas las distinciones culturales, promotor de la fraternidad y liquidador de litigios y guerras. En suma, un dios muy «ilustrado», casi nada atrayente para el común de las gentes, pero que tuvo el mérito de comprender y proclamar grandes vetas sustanciales del arquetipo cristiano. Por supuesto, era mucho mejor que la guerra sin cuartel.

Otros filósofos, fervorosos creyentes como Locke, pensaron en nuevas interpretaciones de la sustancia cristiana. Las diferencias religiosas se han de encajar como *ejercicios privados de libertades que ha de proteger celosamente el Estado*. Los comportamientos tolerantes se sitúan en la formidable vía de otorgar el derecho a la *diferencia civil* que consideraré en la sección siguiente. También era mucho mejor que la guerra, pero distaba bastante del cabal reconocimiento de la genuina diferencia del otro. Se mueve entre el respeto a las reglas legales y el sufrimiento del mal. Tuvo, por otra parte, el desagradable efecto de

mandar el gran arquetipo de Jesús a la región de la *vida privada*, al mismo nivel de clubes, asociaciones de aficionados al cultivo del excitante mundo psíquico, el sexo o las aficiones domingueras.

Los ríos de las conductas tolerantes desembocan, por último, en el ancho mar de las *tolerancias dialógicas*. El escenario cambia radicalmente. Las razones teologales o teológicas desarrollan nuevos principios, que se expresan ampliamente en el Concilio Vaticano II. Es de notar que el *concepto de tolerancia no tiene en él ninguna relevancia*. En vano buscará el lector este vocablo en los exhaustivos índices de temas. Esto se debe a que del soportar al otro se ha pasado al pleno reconocimiento de él. El principio racional rector es acceder al otro para densificar nuestras mutuas humanidades y eliminar inhumanidades. La diferencia del anglicano, el judío, el musulmán, el budista, el jainista o el confuciano ha dejado de ser una diferencia de estado pecaminoso o meramente civil. El logos, en consecuencia, ha de canalizarse por nuevos procesos racionales. El Concilio habla constantemente de las *interacciones dialógicas*, que han de articular tres grandes vertientes de encuentro, como son la *libertad religiosa*, el *ecumenismo* y la *comprensión mutua de los distintos paradigmas humanos*.

La intención, la ponderación autocrítica y las directrices conciliares son altamente encomiables. Mucha gente cobró nuevos ánimos y comenzó a trabajar con entusiasmo para que las energías religiosas se vertieran en la construcción de un mundo más solidario. Sin embargo, no deja de ser curioso y poco edificante que, en los últimos años, se percibe dentro de la Iglesia Católica un *cierto y molesto fundamentalismo*. Tiene muchas manifestaciones, pero me llama poderosamente la atención ese doble y peligroso discurso eclesial.

Ante el exterior se practica un vibrante lenguaje reivindicativo de derechos, libertades y diferencias; de denuncia profética tocante a flagrantes delitos raciales, económicos, políticos y ecológicos. Se anima la digna emancipación y promoción social de la mujer; la participación activa de los ciudadanos en los destinos comunes. Por el contrario, el discurso interior se orienta con frecuencia a coartar la libertad de los teólogos, a impedir la fructificación de la magnífica diferencia de la mujer al desarrollo del paradigma cristiano, a no dar

paso a la inmensa riqueza de los laicos, a proteger carismas y organizaciones eclesiales que suenan a sagrados privilegios del pasado.

## 5. TOLERANCIAS DE LA DIFERENCIA

La experiencia tocante a mis diferencias o a las del otro, lo mismo que las relativas al mal y a la religión, es una *experiencia profunda y comprehensiva*. Entre las diferencias que me atañen, unas son producto de la raza, el sexo, el nacimiento y las condiciones individuales, mientras otras se hallan más ligadas a la libertad. Pero ¿qué entiendo aquí por libertad?

La libertad consiste, ante todo, en la capacidad o potencialidad humana para prorrumpir en condiciones existenciales diferentes. No estamos obligados a nacer y desarrollarnos bajo patrones culturales y biográficos estandarizados y únicos. La uniformidad es la negación misma de la libertad; la miseria suprema existencial del linaje Homo. Pero no está claro quien saca a flote semejante hontanar de diversidad original. ¿El individuo?, ¿la sociedad?, ¿la familia?, la educación?, ¿los modelos humanos?, ¿el azar?, ¿los dioses o Dioses?, ¿todos ellos juntos? Además de potencialidad y de efectiva actualización, la libertad exige liberación de condiciones esclavas. Esto no impide que muchas veces caigamos acto seguido en otras mayores. La experiencia libre tiende a moverse en el nivel dignificador de la existencia; manifiesta gran sensibilidad por las condiciones humanas postradas y sus contrarias.

Nada hay más querido para el individuo y los colectivos que sus respectivas diferencias constitutivas. ¿Cabe la tolerancia en esta fantástica experiencia tan profunda y comprehensiva? Ante las diferencias del otro, ¿es acaso lo más correcto la actitud de resignación, aguante, permisión, disimulo o sufrimiento? ¿No debemos, por el contrario, tanto a nivel individual como colectivo, respetarlas, reconocerlas, promoverlas, protegerlas e incluso alegrarnos y gozar de ellas? Es preciso establecer cierta clarificación en el uso del lenguaje, si no queremos caer en *babélicas confusiones comunicativas*. El paso de

unos comportamientos tolerantes a otros no equiparables entre sí es tan sutil que muchos agudos escritores no los perciben.

Hablar de tolerancia refiriéndonos al vastísimo horizonte de las diferencias es desorientador e incluso equivocado. Yo no tolero, por ejemplo, la entrañable personalidad de mi amigo; la descubro, la reconozco, la aprecio y procuro enriquecerla. Creo, por otro lado, que va siendo hora de no cobijar bajo el mismo vocablo la mayor parte de los derechos humanos conquistados en la modernidad europea. Es verdad que la mayoría fueron hijos de la permisión y se acogieron como menores males. Pero, ¿por qué llamar hoy día tolerancias a las sacratísimas diferencias que promueven las estupendas Constituciones de bastantes países democráticos? Muchos lo hacen aún, sin darse cuenta que representa un auténtico desdoro para las exquisitas libertades que protegen.

Las dos anteriores advertencias discurren, como he indicado, a nivel lingüístico. La siguiente se refiere a la atmósfera de *ingenuidad que se cierne sobre las diferencias*. No conviene despeñarse, en concreto, por los precipicios del romanticismo de la comprensión. La gente que se cree más abierta a la diversidad suele caer en los más ridículos límites de la tolerancia. No pocos europeos y americanos ilustrados suspiraron por todas las libertades, pero no fueron capaces de acoger la magnífica riqueza diferencial de las razas humanas. Un negro tenía que ser por fuerza esclavo de sus plantaciones. A bastantes españoles les resulta difícil reconocer y respetar a finales del siglo xx la confesión política del otro, aunque todos coincidan en los enérgicos cotos que se han de poner a las diferencias provenientes de fascismos, fundamentalismos y nacionalismos.

Hay que reconocer paladinamente que rara vez se acierta con la adecuada *racionalización de la diferencia*. Me refiero, claro está, a la racionalización comunitaria, sobre todo a la sociopolítica. Pues entre las diferencias, unas nos resultan enriquecedoras a todos los niveles, otras sólo para grandes sectores de tal o cual comunidad, otras funcionan de modo ambiguo, otras son ligeramente molestas, otras insoportables y muchas nefastas. No cabe abandonar toda esta fronda de tensiones a oscuros instintos o a espontáneas tendencias. Se impo-

nen por necesidad *vigorosas tolerancias de la diferencia*. Sin ellas el linaje Homo no ha podido vivir hasta ahora. Pero no es fácil discernir a veces entre los límites de esas sinuosas tolerancias y sus devastadoras intolerancias. Lo que vale para una época no se aplica a otra; lo que funciona bien en una comunidad no se adapta a otra; la libertad de un individuo favorece al grupo o lo echa a pique. Los procesos racionales que vertebran las tolerancias de libertad deben ser flexibles por su misma naturaleza. De otro modo se seguirán extensas y profundas esclavitudes.

¿Quiénes son los *principales portadores de dichos procesos racionales*? Las tradiciones, las leyes, las costumbres, las instituciones, las clases, los roles o profesiones y la viva e indeterminada interacción y adaptación entre los miembros de las diversas comunidades. Saber tolerarse en muchos aspectos es sencillamente saber vivir. Cada cultura adopta sus propias racionalizaciones peligrosamente transferibles a otras. Ahí aparecen las diferencias celosamente promovidas y protegidas; sobre todo las que discurren por las instituciones y clases, los roles y profesiones. Se halla más o menos definido el horizonte de lo permitido. Algunas libertades, aunque molestas, son toleradas dentro de límites prefijados. También se dan las diferencias disimuladas; o las simplemente ignoradas porque no convienen al desarrollo de la Forma de vida establecida. Nada más lábil y escurridizo que estas racionalizaciones de las diferencias comunitarias.

Las tolerancias de la diferencia correspondientes a cada Forma de vida son *innumerables*. De todos modos, siempre cabe destacar algunas que sobresalen del resto. Nuestras sociedades industrializadas se caracterizan precisamente por amplias gamas de libres diferenciaciones. Se trata simplemente del famoso pluralismo, al que van inextricablemente unidos los comportamientos tolerantes de turno. En este sentido, las principales tolerancias de la diferencia se reparten en *sociales, políticas, económicas y científicas*. A mucha gente no le gusta el talante desarrollista de la ciencia y la tecnología, o se halla muy incómoda por el escaso cultivo de otros saberes, pero lo tolera mansamente. Con menos paciencia sufre la incruenta lucha por el

puesto de trabajo, la feroz competencia de las empresas y la miseria de parados y subdesarrollados.

Se dan innumerables libertades sociales que favorecen la fertilidad y comodidad personales. Estériles formalismos de antaño han quedado relegados felizmente al baúl de los recuerdos. Quizás han aumentado en la misma proporción las conductas tolerantes encajadoras de otras tantas incomodidades que afectan sin cesar a niños, mozos y mozas, mayores y ancianos. Espero que los historiadores futuros, envidiables gozadores de convivencias democráticas más plenas, se admirarán de nuestra imponderable e infinita capacidad para sufrir los insultos a la razón y al sentido común, así como los quebrantos de los valores más elementales por parte de todos los estamentos políticos. ¡Aquí desearía yo ver al tolerante y santo Job!

### III. EMPEÑOS MÁS EXCELENTES DE LA RAZÓN

Entre las complejidades de la familia tolerancia he citado el de los niveles fáctico, temático y *dignificador*. Los «empeños más excelentes de la razón» surgen del último nivel. Recuerdo, asimismo, que la dignificación racional de las conductas tolerantes adquiere doble sentido. Entraña, por un lado, algún *modelo o arquetipo humano*. De ahí el título correspondiente al párrafo 6. Por otra parte, algunos escritores tienen la tremenda audacia de convertir a las mismas tolerancias en paradigmas humanos. En atención a tamaña osadía, las he llamado *tolerancias-modelo*, las cuales se consideran en el párrafo 7. Ambos sentidos dignificadores apuntan al excelente afán de la razón por *cultivar comportamientos tolerantes más exquisitos*.

#### 6. TOLERANCIAS Y MODELOS HUMANOS

¿Por qué la UNESCO nos *invita este año a reflexionar sobre la experiencia tolerante*? Está preocupada, sin duda, por ciertos movimientos

mundiales que atentan contra comportamientos tolerantes que atañen directamente a religión, raza y nación. Se han levantado de sus tumbas los viejos egos enjaulados concernientes a fundamentalismos, racismos y nacionalismos.

Naturalmente que los miembros de estas «piadosas asociaciones» no conceden a la UNESCO autoridad moral alguna para hacer semejante llamamiento. Pues la Organización de las Naciones Unidas porta en su mismo seno la negación institucional de la tolerancia. Su Carta Magna proclama la igualdad soberana de todos los países pacíficos, a la vez que en el Consejo de Seguridad se reserva el veto de cualquier asunto para cuatro «distinguidas» naciones. ¿Libertad soberana y privilegio unilateral de veto? Es patente, asimismo, la negación efectiva y pragmática de la tolerancia cada vez que se enfrenta con un problema internacional grave. Recuérdense simplemente la solución dada al conflicto de Irak y Kuwait, tan desconcertantemente dispar a la adoptada para la antigua Yugoslavia. ¿Justicia, paz y brutal negocio petrolero?

Con estas observaciones críticas no quiero quitar fuerza al mismo mensaje. El descrédito por desgracia afecta a todas las instituciones; no sólo a las Naciones Unidas. Quien esté libre de él, lance la primera piedra. El principal motivo de esta nefasta «increencia» se debe a la traición de las instituciones a sus valores fundacionales. Repito que la invitación de la UNESCO y su mensaje son muy válidos e incluso urgentes. ¿Cuál es en realidad el *fondo mismo de esta invitación*? ¿Debemos permanecer anclados en el oleaje superficial de los nacionalismos, racismos y fundamentalismos? El fondo lo constituyen *dos estupendos principios que impulsan empeños racionales más dignos*. El primero se identifica con la insatisfacción de nuestras conductas tolerantes. De este modo el logos se dinamiza y ejerce una crítica cabal de las mismas. Coloca en su justo lugar a razas, naciones, religiones y a un sinnúmero de diferencias insolidarias. Pero no se limita a eso. No basta con suprimir las amenazas que se ciernen sobre los comportamientos tolerantes anteriores. El discernimiento crítico debe llegar puntual a toda la tolerancia de nuestra modernidad.

El segundo principio también es de tipo afectivo. Se trata del ansia viva por dignificar la experiencia tolerante actual. Quien siente esta afección, indisolublemente unida a la insatisfacción, despliega grandes o pequeños procesos racionales dirigidos a re-crear conductas tolerantes. La creación siempre lleva consigo aumento de ser; en este caso, el logos trabaja para intensificar el ser humano. Poner más dignidad en nuestras relaciones es actualizar el linaje Homo con más densidad entitativa. Pero el aumento de sustancia humana dignificada entraña el concreto desarrollo de *modelos humanos*. No podremos afrontar las amenazas de los recientes fundamentalismos, nacionalismos y racismos a la experiencia tolerante sin escudriñar los arquetipos humanos que se hallan en juego. Todas las tolerancias estructuradas carecen de sentido al margen de paradigmas humanos. Repase el lector las once consideradas en II, es decir, las cósmicas, protectoras, calculadoras, extirpadoras, de la infidelidad, privadas, dialógicas, científicas, políticas, sociales y económicas; en todas ellas detectará el correspondiente arquetipo humano que las nutre.

Así pues, el desarrollo de los dos citados principios se traduce en *cultivo de conductas tolerantes más dignas*. Esto no debe minimizarse a la simple tarea educativa ad hoc de niños, adolescentes y jóvenes. ¿Es que también vamos a introducir aquí el craso error de las películas para menores y mayores? ¡Como si la salud de los adultos fuera invulnerable a la continua absorción de concentradas violencias! El cultivo afecta a todos; particularmente a los «maduros». Es complejo, imposible de clarificar en pocas palabras. Indico tan sólo ciertos aspectos ligados al logos. Pues el nivel dignificador de las experiencias tolerantes exige nuevos procesos racionales. Ordinariamente nos guiamos por ese ingenuo y ambiguo «buen sentido»; una especie de instinto dignificador no accesible a la vida animal y vegetal.

El logos ha de discernir, ante todo, las *estafas valorativas en el uso de la tolerancia*. Ha de sacar a flote sencillamente la falsa conciencia que se instala en las personas e instituciones. La estafa valorativa se cuela en ellas de muchas maneras. Cito tres. La primera *transforma la tolerancia en pura permisividad*. Los frutos de tal trueque son abundantes. Se concede así, e incluso se favorece, el más descarado pillaje

fuera de las fronteras de mi conducta tolerante. Se estrecha expresamente la sensibilidad por la inhumanidad que me rodea hasta los confines mismos de su liquidación. Se modela en el niño una personalidad incapaz de soportar el sufrimiento inherente a la condición humana. De la actitud estoica se pasa al brutal desarme contra la pena y el fastidio.

Por otra parte, la *tolerancia se utiliza con frecuencia para desdibujar o borrar los límites entre el valor y el contravalor*. La conducta tolerante económica, por ejemplo, llama competencia a la guerra; la política, interrupción del embarazo al linchamiento de vida; la social, autenticidad al descaro; la epistémica, limitación del conocimiento al vale todo; la familiar, libertad u orden al desmadre o al autoritarismo. En tercer lugar, la *tolerancia sirve no pocas veces para proteger el modelo humano establecido*. Todos los amantes de más intensa humanidad se quejan amargamente de esta estafa valorativa. Pues los gobiernos se las ingenian para tachar de intolerantes a los profetas denunciadores de abusos de poder; los centros escolares, a profesores exquisitamente críticos; los científicos desarrollistas, a quienes descubren la inhumanidad de sus investigaciones; las instituciones en general, a los que ponen en tela de juicio su capacidad para separar básicas verdades de toscos engaños.

El discernimiento racional no puede limitarse a dilucidar los estados de la falsa conciencia. El logos ha de prestar también atención a las *peculiares relaciones entre la conducta tolerante digna y el modelo humano*. Se accede aquí a desarrollos racionales sumamente delicados. Quienes se mueven en el ámbito del mismo arquetipo humano verán que la exigencia de una conducta tolerante más digna impacta de lleno al paradigma. Así, por ejemplo, la tolerancia que no acoge dentro de sus límites a las masas de parados obliga a poner en tela de juicio al modelo Hombre Productor Consumidor. La presión sobre el arquetipo puede ser tan grande que se venga a dudar de su misma validez para separar crasas bondades de burdas maldades, elementales verdades de nefastos errores, bellas vidas de miserables. Los procesos racionales se complican cuando las tolerancias se apoyan en modelos humanos distintos. La

dignificación de la conducta exige olvidar comportamientos pasados e instaurar otros nuevos.

La razón se da cuenta que los comportamientos tolerantes más dignos son obra de todos. Aconseja, asimismo, sacar a flote de la profundidad de personas e instituciones las falsas conciencias. Tiene el vigor suficiente para escudriñar el impacto de la dignidad sobre los arquetipos humanos, así como no teme los intrincados problemas que surgen de la pluralidad de los mismos. Todo eso, sin embargo, se torna en *ejercicio intelectual estéril si no va acompañado del compromiso vital activo*. He dicho que el nivel dignificador entraña creación; ésta a su vez aumento de más y mejor humanidad. Ahora bien, el ser que nosotros conocemos solamente se engendra, se desarrolla y se intensifica por medio de procesos activos. Pero la actividad que genera más densidad entitativa llega al colmo en los seres libres.

El logos apremia para que se cultiven las tolerancias más afines al modelo humano que se trata de explayar. La modernidad europea ha insistido particularmente en las que protegen diferencias. Nada que objetar a esto, siempre que las diferencias sean solidarias. Pero estamos a punto de olvidar las tolerancias del mal. No seamos ingenuos. Muchas diferencias para mucha gente resultan fastidiosas. El español no ha soportado tradicionalmente al francés, el católico al protestante, el blanco al negro, el ilustrado al ignorante, el avanzado al retrógrado, el alegre al aguafiestas, los patriotas a los separatistas. ¿Qué decir de esos paleos y neos que cualifican a liberales y encorse-tados, modernos y posmodernos, progresistas y conservadores, comunistas y fascistas, socialistas y nacionalistas? Aún las más exquisitas diferencias pasan por el tamiz de los celos y la envidia, afecciones ciertamente penosas. ¿Llegará un día en que asumamos las diferencias como estupendas riquezas del ser humano o como palancas para superar inhumanidades?

## 7. TOLERANCIAS-MODELOS

Como ya he observado anteriormente, recuerdo que bastantes escritores se entusiasman de tal manera con las conductas tolerantes que acaban por convertir las *tolerancias en modelos humanos*. La razón tolerante, digamos así, escala hasta la cima de su nivel dignificador. ¿Por qué se llega a semejante situación? Se trata de un proceso inconsciente que responde al menos a *tres motivos*.

El primero enlaza directamente con las reflexiones de la sección anterior. Todas las tolerancias suponen y desarrollan en la parte que les corresponde arquetipos humanos. Sólo en este contexto tienen sentido y pueden regular conductas ad hoc. Nada extraño, pues, que desde el trampolín de las experiencias tolerantes salten algunos audazmente a los mismos modelos humanos. Por otra parte, según he indicado a lo largo del apartado II, los comportamientos tolerantes se asientan sobre experiencias humanas profundas y comprehensivas. Ahora bien, no encontrará el lector indicadores más fidedignos para detectar la dignidad o miseria de la sustancia humana que dichas experiencias. Nos encontramos así con el segundo motivo. Pues los modelos humanos funcionan precisamente como referencias para separar lo humano de lo inhumano. El tercero detecta sin más la conducta general de quien se enamora de un valor más o menos clave para la existencia. Mucha gente construye modelos humanos desde la pura libertad, la sola esperanza, la fe, el amor, el dinero, la relación yo-tú, etc. ¿Por qué no desde el nivel dignificador de la tolerancia?

Pero *el salto es excesivo; quizás mortal*. No nos damos cuenta que del simple escrutinio de conductas tolerantes más dignas pasamos a discernir la *entera extensión y la incommensurable profundidad de lo humano e inhumano*. Este discernimiento corresponde a logos mucho más comprehensivos que el tolerante. No se adecua a razones particulares, es decir, a aquellas que se mueven en marcos o contextos de referencia más restringidos. La creación de paradigmas humanos desde estrechos logos ha causado siempre gran malestar. Los ensayos han sido numerosos. Estamos bastante escarmentados de los humanis-

mos biológicos, antropológicos, jurídicos, historicistas, políticos, económicos, sociológicos, tecnológicos y lingüísticos. Los desmanes proceden también de muchas razones éticas, estéticas y teológicas.

Temo que les ha de ocurrir otro tanto a los entusiastas de la razón tolerante. Pues han de tratar como tolerancia todos los valores, sembrando la confusión en el ancho ámbito del lenguaje valorativo, a la vez que ratifican su más completa inutilidad. Si los valores se reducen a tolerancia, ¿para qué demonios hemos de hablar de amor, salud, dinero, instrumentos, trabajo, esperanza, compromiso, acción, riqueza, sexo, ciencia, tecnología, justicia, solicitud, arrebató místico, oración, solidaridad o amistad? Sin embargo, reto a cuantos se sientan capaces de construir dignos arquetipos humanos a que los diseñen sin recurso al lenguaje valorativo. Ahora bien, si no establecemos torres babélicas de esta calaña, la mayor parte del comportamiento tolerante «digno» exhibe cargados tintes de sufrimiento tocante a males y diferencias que nos resultan desagradables. La tolerancia es absolutamente necesaria, pero sería mucho más humano sustituirla a largo plazo por relaciones pletóricas de dignidad.

No hay advertencia equiparable a la del Génesis sobre la tremenda peligrosidad de la ciencia del bien y del mal humanos. Es un aviso para todos los ingenuos que en el mundo han sido. Exige razones profundas y comprensivas; me gusta denominarlas *razones soberanas*. Tienen tal envergadura, y resultan tan complejas, que no me extraña que los hombres se las hayan encomendado a dioses y Dioses, adivinos y sabios, jerarquías y gobiernos. Pero no podemos soslayar la responsabilidad de gestar nuestra propia y digna humanidad. ¿Cómo hacerlo? Me siento incapaz de indicar aquí ni siquiera el más elemental de los bosquejos; ni de llamar la atención sobre la cortedad de razones formales como las de Kant, Habermas y otras muchas, vacías de sustancia humana concreta; o de logos negativos, excelentes para detectar y denunciar inhumanidades, pero incapaces de abrir nuevos horizontes. Parte de mis resultados sobre este asunto pueden verse en *Perfiles de nueva humanidad*, *Modelos humanos convocados a juicio*, *El cerco de la razón desarrollista* y *La condición humana*

en *Tomás de Aquino*, publicados todos ellos en la Editorial San Esteban (Salamanca).

Para terminar, quisiera prolongar la invitación de la UNESCO hasta alcanzar *el cultivo de los aspectos dignificadores de la experiencia humana*. Por supuesto que invito a las Naciones Unidas a crear y llevar a cabo convivencias internacionales mucho más dignas, si bien reconozco que solo se alcanzarán a largo plazo y con gran dosis de paciencia histórica. Todos podemos practicar pequeñas dosis de razón soberana desde nuestros loges particulares. Esto supone un principio sencillo e inmovible. Uno desencadena tales procesos racionales, si realmente desea ir un poco más allá de la humanidad que poseemos. El loge emplea tiempo y energías, si posee determinados principios. La invitación atañe especialmente a los tecnólogos. Son herederos de la ventaja evolutiva que nos ha dado la formidable razón instrumental. Pero es urgente recobrar su dignidad, pues en estos momentos se halla copada enteramente por el desarrollismo.

ELADIO CHÁVARRI